

LA ILUSTRACION BÉTICA

REVISTA DE CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA

	PRECIOS DE SUSCRICION		
	AÑO	SEMESTRE	TRIMESTRE
Sevilla.....	48 reales.	26 reales.	14 reales.
Fuera.....	52 id.	28 id.	15 id.
Extranjero.....	62 id.	33 id.	18 id.

AÑO I.—NUM. II
 PROPIETARIO
AURELIO ORDUÑA
 Sevilla, 16 de Abril de 1881.

	PRECIOS DE SUSCRICION	
	AÑO	SEMESTRE
Cuba y Puerto Rico.....	72 reales.	38 reales.
Filipinas.....	80 id.	44 id.
Méjico y Rio de la Plata.....	80 id.	44 id.

REVISTA QUINCENAL

La Semana Santa.

Período de tregua en el largo tránsito del año; las cofradías y las funciones sacras, el *Miserere* y el toque de Gloria, la luz y la sombra, las muchedumbres y el recogimiento: eso es lo que acabamos de dejar detrás de nosotros.

Desde nuestra revista anterior, ¡qué sucesión de acontecimientos! ¡Cuánta vida en tan pocos días!... El Guadalquivir desbordado; Triana y San Bernardo cubiertos de agua; despues la luz, el sol, las noches de luna, las suscripciones á favor de los inundados. No se puede dar más variedad de sensaciones en menos cantidad de minutos.

He leído, no sé dónde, que cierto monje que dudaba de la vida eterna salióse un día de su convento, é internándose en una de las alamedas próximas, quedó como embelesado oyendo cantar á un ave del paraíso.

Cuando volvió á su monasterio notó en el edificio y en sus contornos un cambio original é incomprensible. Las piedras, tostadas por el sol, tenían ese sello oscuro que denota la pesadez de los siglos; el campanario habia cambiado de lugar, y no hallaba por nada del mundo el arco apuntado que guiaba al claustro del convento.

Llamó á la puerta desconocida que le rechazaba, y un portero, desconocido tambien, presentóse ante él, cerrándole el paso.

—¿No es este el convento de agustinos de X***?—dijo maravillado de todas estas cosas.

—Nó tal,—le contestó el barbilampiño portero, que no era otro á la sazón que un demandadero de monjas,—¡hace cien años que esos padres abandonaron el local!

El monje en cuestion habia pasado cien años como un minuto oyendo el canto del pajarillo.

* * *

Y hé aquí que yo vuelvo la oracion por pasiva, porque así conviene á mi natural caviloso.

Si el tiempo no es más que la sucesión de las cosas, y tanto vives como gozas y sufres, y sólo los hechos diferentes forman la biografía de cualquier mortal; si no hay pena que viva más de un día eterno, ni avaro que viva más de un minuto, ni pueblo que llegue á la plenitud de su vida si no llega á la plenitud de los conocimientos posibles, podré decir sin equivocarme que, pues en los días pasados ha llovido tanto como en el año anterior, y hemos cambiado de Gobierno y de Municipio, y hemos estado con el agua al cuello, y sufrido intranquilidades, y buscado recursos, y encontrado al cabo dinero y horizonte azul, y visto las cofradías, y asistido á los santos oficios, hemos vivido

con creces lo que nos queda de año, y podemos morirnos impunemente.

Ya sé que estas consideraciones importarán muy poco á mis lectores, y sobre todo á mis lectoras, que sienten acaso sed de los primeros años de la vida; pero ¡qué le hemos de hacer! no todo ha de ser elucubraciones filosóficas y cálculos de Dómine.

Á Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César.

* * *

Viene la Feria, comienza la ópera, y el teatro-circo del Duque abre sus puertas con la compañía ecuestre y gimnástica de Diaz.

Y luégo queremos meternos á filosofar como el buho de la fábula, estudiando sentencias alambicadas y metiéndonos por los rincones.

Tráigame usted á uno de esos puritanos de salientes pómulos y boca fruncida, y si despues de asistir á una de las funciones en que tomen parte, Gayarre por dentro, y por fuera el coro de mujeres hermosas que borda las plateas de San Fernando, le

queda gana de volverse á su encierro; si despues de ponerlo en berlina por la calle central del prado de San Sebastian, se acuerda de que ha sido sabio; si luégo que oiga una petenera y vea un par de piés como flores de almendro, cita un solo texto de moral con contera, me dejo cortar la mano derecha para parecerme en algo al soldado escritor que mancara en Lepanto.

Hé aquí justificadas mis salidas de pié de banco y mis cambios de humor y de decoracion: despues de la primera parte de esta revista, tenía que venir esta segunda; cada cosa en su tiempo: en pasando pan comprar, y al son que te toquen baila.

* * *

Tambien hay bailes; y para revistarlos tengo un compañero, que ya sabrá decir de los tales lo que no me enseñó á mí la desvuelta Terpsicore.

Ello es que mi posicion cerca de ustedes, bellísimas lectoras, y al lado de vosotros, lectores sesudos, no puede ser más anómala. Me hace falta el balancín del justo medio para hacer estas revistas quincenales, y salto inútilmente de un lado á otro de la maroma.

Yo no debia decir más que aquello que importara al bello sexo ó al sexo feo, puesto que cada cual tiene sus devociones, sus necesidades y sus placeres; pero ¿sería esto posible?

Semejante separacion entre nosotros y nuestras mitades, me parece un ridículo absurdo. ¿Qué seríamos nosotros sin ellas?... Seguramente hombres incompletos.

Nada, lo diré todo, ménos lo que ustedes callen.

EL DÓMINE LÚCAS.

CORRAL DE LA MONTERÍA (1)

En el antiguo Alcázar de Sevilla, y en el espacioso patio de la Montería, edificóse este corral de comedias, en forma ovalada, con tres órdenes de balcones; dos de aposentos (2) que, separados unos de otros por tabiques, estaban situados de manera que pudiesen ver el escenario todas las personas que en ellos estuviesen, y el tercero correspondiente á la *cazuela* destinada á las mujeres. Toda la obra era de madera, excepto los pilares sobre que descansaba, que eran de piedra, y las barandillas de los balcones, de hierro; construyéndose además del local destinado á las representaciones, algunas viviendas, bien para los arrendadores, bien para los comediantes. Una pequeña puerta, situada frente á la principal y junto al escenario, daba entrada á los aposentos reserva-

(1) Este artículo forma parte de una obra inédita que, con el título de *Investigaciones sobre el Arte dramático en Sevilla*, verá la luz pública en breve.
 (2) Eran 52 los aposentos.



«SAN FRANCISCO LO PREMIE.»

Cuadro de D. José de la Vega.—(Dibujo de D. Baldomero Tovar.)

dos para el Alcaide del Alcázar y algunos otros ministros que tenían oficio en ella.

Aunque, según una solicitud que existe en el archivo municipal, la idea de la construcción de este corral nació principalmente del deseo de proporcionar a Felipe IV, durante su estancia en Sevilla, ocasión de asistir a las comedias desde sus propias habitaciones, es lo cierto que, ya fuese por dificultades surgidas ó por la falta material de tiempo, no pudo tener lugar su inauguración hasta el lunes 25 de Mayo de 1626, ó sea algunos meses después de la estancia en Sevilla del citado Monarca.

La ventajosa situación de este edificio, cuya puerta principal, colocada en la espaciosa plaza de la Lonja, ofrecía gran desahogo para la entrada y salida; así como el funcionar en él, casi siempre, las mejores compañías, hicieron que fuese muy frecuentado y preferido á los demás de su época.

Una de las causas más poderosas para que los autores de comedias prefiriesen trabajar en *la Montería*, era, sin duda, el encontrarse este local en jurisdicción exenta de la ciudad, pudiendo únicamente ejercerla en él, ó el Alcaide ó su Teniente, lo que, por otra parte, daba lugar á frecuentes litigios y conflictos de jurisdicción con la justicia ordinaria. «En una ocasión, refiere un testigo ocular (1), en que asistía á la comedia en un aposento uno de los Alcaldes del crimen de la real Audiencia, hubo un disgusto en el corral y sacaron las espadas unos hombres que se trabaron de palabras, y bajó el Alcalde al patio y quiso prender y escribir causa; y se le dió aviso á D. Fernando de Céspedes y Velasco, Teniente de Alcaide, que acudió al punto, y mandó cerrar las puertas; y le quiso impedir al Alcalde el que escribiese, respecto de su jurisdicción y privilegio de Casa Real, y sobre defender la suya el Alcalde, por la autoridad de su puesto, hubo requerimientos, y el Teniente de Alcaide quiso pasar á prender al Alcalde, y le quitó los presos que tenía aprehendidos, y estorbó el escribir la causa y tuvo por bien el Alcalde de irse. Después se dijo que el Consejo de Madrid aprobó la conducta del Teniente Alcaide, y escribió á la Audiencia se abstuvieran de entremeterse en la jurisdicción del Alcázar ninguno de sus Alcaldes y ministros.»

El arrendador del *Coliseo* tenía el privilegio, como en otro lugar decimos, de elegir, entre los autores que viniesen á la ciudad, el que más fuera de su agrado, para representar en su corral; pero á su vez los arrendadores de *la Montería* obtuvieron cédula de S. M. para que, una vez contratados y comprometidos con ellos los autores (siempre que esto tuviese lugar fuera de la población) cesase la prerrogativa de que gozaba el *Coliseo*, en perjuicio de los demás corrales. Esta disposición se tomó, sin duda, con el fin de evitar cuestiones y litigios; pero apesar de tan buenos deseos, acontecía á veces lo que en el año de 1633. Fué el caso que el Capitan Alonso de Vergara, arrendador del *Coliseo*, contrató con Juan de Nieba, autor de comedias, veinte representaciones, que debían empezar el 15 de Setiembre ó antes si así convenía á Vergara; pero habiéndole hecho mejores proposiciones, sin duda, los arrendadores de *la Montería*, firmó Nieba un nuevo contrato con ellos aquel mismo día, y con la idea de hacer ver que se había celebrado fuera de la ciudad, como les estaba mandado por la Real cédula antes citada, salieron de Sevilla é hicieron la escritura fraudulentamente; más descubierta la verdad por los tribunales, se mandó prender á Juan de Nieba, y secuestrar sus bienes, enviando requisitorias para traerlo de donde estuviere.

El corral de *la Montería* estaba llamado á ser origen de cuestiones y teatro de escándalos. No fué pequeño el suscitado por los estudiantes del colegio de Maese Rodrigo el 5 de Diciembre de 1641. Celebraban aquel día la fiesta del *Obis-pillo*, de la que con toda extensión nos ocupamos en otro lugar, y después de haber alborotado y escandalizado largo rato en la puerta del colegio, salieron por las calles con armas prohibidas, atropellando á cuantos encontraban á su paso. Por la tarde fueron al corral de *la Montería*, y se entraron en los aposentos, haciendo que volviese á empezar la representación que estaba ya comenzada. No

contentos con esto, promovieron á la salida una gran pendencia con los caballeros que allí estaban, de la que resultaron algunos heridos y la consiguiente alarma (1).

Pero todo aquello no fué nada en comparación de lo acontecido el domingo 25 de Enero de 1643. Actuaba en *la Montería* desde el 7 de Noviembre del año anterior de 1642 la compañía á cuyo frente se encontraba Bartolomé Romero (2), y habiase representado con gran aceptación la comedia de *San Cristóbal*, que estaba anunciada en los carteles para el dicho domingo. El corral se hallaba completamente lleno, pues como día de fiesta había concurrido mucha gente trabajadora, deseosa de ver esta comedia, principalmente por las *apariencias* que tenía, cuando ántes de empezarse la función salió al tablado el autor y manifestó al público que el tribunal de la Inquisición había prohibido su representación aquel día, con objeto de hacer algunas supresiones, y que en su lugar se haría otra comedia. Comenzó entonces la gente del pueblo á alborotarse, dando voces y haciendo extraordinario ruido. Volvió de nuevo el autor á dirigirse al público, ofreciendo hacer en vez de la comedia anunciada la que eligiesen, á lo que contestaron con desaforados gritos: ¡*San Cristóbal!*... ¡*San Cristóbal!* Cansados de vocear y viendo que nada conseguían, se desahogaron rompiendo bancos y sillas y hasta las celosías de los aposentos; entrando luego en el vestuario, despedazando los trajes que encontraron de los comediantes, que tuvieron necesidad de huir precipitadamente para librarse de su furia (3).

Hemos dicho que Bartolomé Romero estaba actuando en este corral desde el 7 de Noviembre de 1642 y continuó hasta el 17 de Febrero de 1643. Antes había estado ya desde el 27 de Junio al 6 de Julio del 42; y después estuvo desde Pascua de Resurrección hasta el *Corpus* del 43, y, por último, desde el 3 de Noviembre al 21 de Diciembre del mencionado 43. Cuatro días más tarde, ó sea el 25 del mismo mes y año, empezó la compañía de Antonio de Rueda, que estuvo hasta el 9 de Febrero del 44. En 1649 estaba representando Lorenzo de Escudero; en 1654, Estéban Nuñez, y al año siguiente, Juan Perez Tapia (4). Finalmente, en 1675, en que eran arrendadores Cristóbal de Lescano y D. José de Ojeda, trajeron á Carlos de Salazar, cuya venida, por las circunstancias que mediaron, dió lugar á un curioso proceso. Sucedió que contratada en 20 de Agosto de 1675 la compañía de Carlos Salazar para dar en *la Montería* cuarenta representaciones, desde el 26 de Setiembre, y teniendo noticias de que el arrendador del corral de comedias de la ciudad de Granada había sacado una Real provisión para llevarse dicha compañía, que se encontraba entonces en Jerez de la Frontera, á donde había enviado un Receptor de aquella Chancillería, con el fin de embargar y llevar á Granada la mencionada compañía, pidieron y obtuvieron los dichos Lescano y Ojeda una requisitoria del Teniente de los Reales Alcázares para la justicia de Jerez, á fin de que viniese á esta ciudad Salazar. Se hicieron algunas gestiones por una y otra parte ante el Corregidor de Jerez, y al fin el Receptor consiguió llevarse la compañía hácia Granada; pero, al pasar con ella por el término de Sevilla, los arrendadores de *la Montería* presentáronse ante el Teniente de la tierra de Utrera, que se hallaba en Villamartin, y mostrándole la requisitoria que del Teniente de los Reales Alcázares llevaban, pidieron el embargo de la compañía; y en efecto, cuando ésta con el Receptor llegó siguiendo el camino real á la venta de la Higuera, jurisdicción de Utrera, salieron á embargarla el Alguacil mayor de Villamartin, y Alonso Conde, Alguacil de los veinte de Sevilla. Manifestó Salazar que él estaba dispuesto á ir al punto que se le mandase y que se llamara al Teniente de la tierra, que en aquel sitio esperaría; se llamó y vino el dicho Teniente, y después de oír y discutir el asunto, se resolvió, de común acuerdo, que Salazar viniese á Sevilla, y el Receptor recibió como precio de su condescendencia una gratificación de los arrendadores de *la Montería*; pero al llegar á Granada, con el fin de salvar

(1) De este suceso nos ocupamos con más detención en el artículo de la *fiesta del Obis-pillo*.

(2) Tanto de éste como de los demás comediantes que estuvieron en Sevilla publicamos algunos datos biográficos en otro lugar.

(3) *Memorias eclesiásticas y seculares de Sevilla*, Ms. B. C.

(4) Datos sacados del archivo municipal.

su responsabilidad, dijo que había sido víctima de un atropello de las Autoridades, y de aquí surgió la formación del expediente en averiguación de la verdad, expediente que existe en el archivo municipal.

Se nos olvidaba decir que el Teniente de Alcaide tenía en *la Montería*, en el sitio del tablado, una silla, así como el Alguacil y Escribano del Alcázar, en donde se colocaba para velar por el buen orden y quietud del corral, teniendo á sus costados dos soldados de guardia con sus alabardas, conforme al privilegio de su oficio; y por esta asistencia cobraba el Teniente, y no sabemos si también el Escribano y Alguacil, cierta cantidad de los arrendadores.

En el Cabildo del 11 de Marzo de 1679 acordó la Ciudad, con motivo de la carestía que se experimentaba y la proximidad del cólera, suplicar á S. M. se suspendieran las representaciones de comedias, tanto en este corral como en el del *Coliseo*.

Cerrada *la Montería* todo el tiempo que duró en Sevilla la prohibición de las comedias, habitaban en algunos de sus departamentos dos ó tres familias de ministros del Alcázar. También se le había permitido al Asistente y Maestro de campo general de Sevilla el Conde de Montellano, que vivía en el cuarto principal del palacio, que hiciese unas caballerizas en el espacio comprendido entre el teatro y las habitaciones ocupadas por el dicho Asistente; de manera que la puerta de que hemos hecho mención anteriormente y que servía para dar paso á los aposentos que tenían reservados el Alcaide y ministros del Alcázar, estaba contigua á las dichas caballerizas.

El día 3 de Mayo de 1691, un lacayo, bien fuese con la luz ó con alguna chispa del cigarro, al cruzar por las caballerizas incendió la paja, sin apercibirse de ello, por ir completamente beodo á causa de haber estado hasta media noche bebiendo y cantando en una fiesta que los vecinos hacían á la cruz que estaba situada en el postigo del Alcázar.

De la caballeriza penetró el fuego en el recinto del corral por la puerta de que hemos hablado, y que, como hemos dicho, estaba junto al tablado y vestuario, en donde vivía un zapatero llamado Juan Carmona, quien, llamado por una muchacha de su casa, que se apercibió del fuego al empezar á arder el tablado, sin detenerse á vestirse, comenzó á dar voces á los soldados de la guardia del Asistente, que acudieron en seguida; pero en vano trataron de dominar el incendio, pues del tablado y vestuario se extendió bien pronto á los bancos, sillas y celosías, que estaban amontonados junto al primero, y de aquí á todo el corral, poniendo en gran riesgo el magnífico edificio de los Reales Alcázares. Por último, se logró dominar el fuego, que redujo á cenizas toda la obra del corral, haciéndolo desaparecer para siempre.

JOSÉ SANCHEZ-ARJONA.

POR EL CALVARIO

Sé que el sendero es largo y escabroso,
Que acaso en el camino
He de dejar, como fatal trofeo,
Pedazos de mí mismo.
Sé que ántes de llegar á donde voy
Caeré desfallecido;
Mas ¿qué me importa el doloroso tránsito
Si tú vienes conmigo?
Cuando mis piés, cansados y sangrientos,
Se arrastren por el limo;
Cuando mi cuerpo, como viejo sáuce,
Se incline dolorido;
Cuando palpite en mi convulsa boca
El último suspiro,
En el mar ardoroso de tu llanto
Se anegará mi espíritu.
Abrazaste mi cruz, has de seguirme
Hasta el fin del suplicio;
Bálsamo de Judea son tus besos,
Tu aliento blando filtro;
Reposar en tu seno, es desprenderse
Del potro del martirio.
¿Con qué placer reanudo mi viaje
Descansando contigo!
Como dos tiernos cedros que se enlazan
En las faldas del Líbano;
Como dos golondrinas que se duermen
En un templado nido;

(1) *Memorias eclesiásticas y seculares de Sevilla*, Ms. B. C.



«¡MOZO! ¡MOZO!»
Acuarela de T. Povedano.—(Dibujo del mismo autor.)

Como dos limpias olas que van juntas
Rodando al precipicio,
Seguiremos, en lazo inquebrantable,
Peregrinando unidos.
Dios, apiadado acaso de mis duelos,
Te puso en mi camino
Como la amiga palma en las arenas,
Como el agua en los riscos,
Como el sol en las nubes, como el mundo
En el hondo vacío,
Como el ángel risueño de la guarda
En la cuna del niño.
Hé aquí por qué, cruzando este calvario,
Mis tormentos bendigo,
Aunque debo dejar en sus abrojos
Pedazos de mí mismo.
Bálsamo de Judea son tus besos,
Tu aliento blando filtro;
Nada me importa el doloroso tránsito
Si tú vienes conmigo.

BENITO MAS Y PRAT.

UN EPITAFIO

I

Mi amigo.... llamémosle H, no era rico: tenía, cual por aquí se dice, un pasar; pero esto no bastaba á satisfacer las aspiraciones de grandeza de cierta señora tan orgullosa como pobre, madre de un pimpolito de diez y ocho Añiles, en quien mi amigo H había creído hallar su media naranja. Hubo, pues, oposición, y reprensiones y encierros por parte de la mamá, y telégrafos, y miradas furtivas, y billetes de contrabando por parte de los jóvenes, hasta que Dios quiso que, tiempo andando, la niña llegara á esa edad en que la ley permite hacer á las niñas su santísimo gusto en lo que al matrimonio atañe, en cuya ocasión declaró *sub iudice* que deseaba contraerlo con H, dando con mil amores por bueno y aceptable aquello de *contigo pan y cebolla*. Compadezcamos á la pobre muchacha; pero admirémosla también. *Rara avis in terra!*

Hechas análogas declaraciones por H, y trascurrido el corto plazo—para los amantes, casi siempre larguísimo—que la ley señala á favor de los padres, sin que la señora, tan orgullosa como pobre, prestara su consentimiento para el aborrecido matrimonio, éste se realizó.

¡Qué luna de miel! Todos creyeron á puño cerrado que H y su esposa habían conseguido toda la felicidad que es dado disfrutar en este valle de lágrimas; la señora tan orgullosa como pobre, se mordía los labios de coraje al oír de los de todo el mundo que su hija era completamente dichosa al lado de H, y hasta yo, que tengo mis puntas y ribetes de escéptico en materias amorosas, dí en pensar si al fin y al cabo sería verdadera una teoría amatoria, un tanto *cursi*, que yo había profesado en mis tiempos de poeta de áuras y pajaritos: la teoría de las almas gemelas.

Pero ¡estaba escrito que tanta dicha no había de ser durable! ¡Era aquello mucho amor y mucha poesía para este mundo de mezquindad y prosa! Un médico y una enfermedad aguda apostaron á cuál mataba más pronto á la mujer de H, y, aunque no ha llegado á ponerse en claro quién ganó la apuesta, yo tengo para mí que fué el médico. Sea de ello lo que quiera, el caso es que H quedó viudo á los seis meses de su casamiento.

Pintar los extremos de dolor de mi pobre amigo, repetir las desconsoladoras y aún impias frases que le arrancó la desesperación, tarea es que, por lo difícil, no tomo á mi cargo. Figúrese el lector las unas y píntese los otros como Dios le dé á entender.

Durante algunos días temí por la vida de H, ó, al menos, por su razón. Estaba tan sombrío, tan nervioso, tan inquieto, que, apesar de que nunca había sido muy estrecha la amistad que nos unía, creí deber mio visitarle con mucha frecuencia y no dejar de prodigarle los consuelos por la religión establecidos, ya que la señora tan orgullosa como pobre, no había querido dar á torcer su brazo, ni aún teniendo conocimiento de la rápida enfermedad y de la muerte de su hija. Doloroso es decirlo, pero no por eso es menos cierto, que no faltan ejemplares de madres sin entrañas.

Uno de aquellos días, despues de haberme hecho en acaloradas frases, por la centésima vez, el encarecimiento de las virtudes que adornaban á su esposa, y por la millonésima la apología del cariño que la había profesado, y el juramento de permanecer siempre fiel á su memoria y de no intentar en la vida reanudar tantos perdidos goces, mi amigo H me dijo, con los ojos arrasados en lágrimas y la voz entrecortada por los sollozos:

—Cuentan que la reina Artemisa mandó erigir para su esposo Mausolo una sepultura tan suntuosa, que desde entónces se llama mausoleos á esos monumentos funerarios en cuya construcción se derraman

man á manos llenas el oro de los príncipes y la inspiración de los artistas. Yo no soy rico, y no podré dedicar á la memoria de mi idolatrada é inolvidable compañera un sepulcro de tal valor; pero estoy dispuesto á emplear en tan sagrado objeto las dos terceras partes de mi caudal, porque....

—¿Estás loco?—le interrumpí.—¿Crees tú que llevando á cabo ese pensamiento habrás dado una prueba de otra cosa que de ridícula vanidad? Para demostrar tu profundo dolor, más vale una de las lágrimas que miro correr por tus mejillas, que todos los sarcófagos del mundo. Crees cumplir con tu deber realizando tan costosa obra.... ¡Error! Faltarás á él si no atiendes á conservar tu modesta fortuna, con preferencia á empresas que á nada meritorio conducen. Erige un túmulo á tu esposa, en buen hora; pero erígesele en tu corazón; que para satisfacer al mundo debe bastarte con dedicarle una lápida con un nombre y una fecha.

—Tienes razón: el dolor turba la mía, y no sé lo que digo,—murmuró H con desaliento.

Y continuó, exaltándose gradualmente:

—¡Era tan buena mi pobrecita mujer! ¡Me quería tanto...! ¡Nunca la lloraré bastante! Y ¡pensar que existen hombres que se olvidan de sus deberes y de su conciencia hasta el extremo de contraer segundas nupcias...! ¡Infames, y aún más infame la ley que autoriza esas nefandas uniones! Admiro yo esas tribus en que es de rigor que la viuda se arroje á las llamas. ¡Y llaman bárbaras y salvajes á esas gentes! Los salvajes y los bárbaros son los que no llevan la fe prometida hasta más allá de la tumba; los que, cediendo á las viles sugestiones de la concupiscencia, rompen traidoramente el sagrado lazo....

—¡Vamos, cálmate!—volví á interrumpir á mi pobre amigo, compadeciéndole con alma y vida por el lastimoso estado á que su dolor le había traído.

Y despues de unos momentos de silencio, que pudieran haberse contado por los suspiros que H exhalaba, me dijo más tranquilo:

—Desisto de mi primera idea: así como así, aunque invirtiera todo mi caudal en erigir un monumento á mi adorada esposa, no llamaría la atención sino sobre mi pobreza. Mandaré, pues, labrar una modesta losa.... Y ¡apropósito...!

Este *apropósito* me hizo estremecer. Con la rapidez del rayo adiviné á qué podía referirse.

—A propósito,—continuó H.—Tú eres poeta, y es preciso que hagas un epitafio para mi pobrecita esposa.

—¿Yo...? Pero....—balbuceé, buscando una evasiva por todos los rincones de mi magín.

—¡Nada; no hay pero que valga!—repuso H resueltamente.—Lo has de hacer, é interpretando en él todo mi inmenso cariño y todo mi infinito pesar. ¡Vamos, que parezca que lo he hecho yo!

Esta última frase me hizo concebir una leve esperanza de eludir la red que H me tendía.

—Hombre,—le dije con acento persuasivo,—¿por qué no lo haces tú? ¿Quién mejor...?

—¡Quita allá!—repuso, tapándome la boca.—¡Pues no faltaba más sino que estando tú aquí...! ¡Lo dicho! Escribirás el epitafio, ¡y pronto! porque quiero que enseguida el lapidario ponga manos á la obra.

—¡Yo estoy ahora tan ocupado...!—articulé, ya sin asomo de esperanza.

—¡Te desocupas!—me contestó H encogiéndose de hombros, como aquél á quien nada importa lo que se le dice.

—¡Hombre, por Dios, mira que yo no sirvo...!

—¡Sí, hazte ahora el chiquito! ¡Si sabré yo...!

No hubo remedio. Tuve que prometer que el epitafio se haría, cogí el sombrero y, sin compadecer ya otra desgracia que la que me había caído encima, me fuí á la calle, renegando de la hora en que hice el primer verso, y repitiendo para mi capote:

—¡Me clavó! ¡Me clavó!

II

Aquí donde ustedes me ven, ó mejor dicho: aquí donde ustedes no me ven, queridos lectores, y lo mismo en todas partes que aquí, yo soy—para que lo sepan ustedes—la más acabada personificación de la pereza; la expresión más genuina del sedentarismo. Dejo pasar mis días y mis noches en el reposo más tranquilo; doy una extensión lata y acomodaticia á la refranesca copla que dice:

«No por mucho madrugar
Amanece más temprano,»

y á veces exclamo como no sé quién de la nación vecina exclamó no sé en qué ocasión, ni á qué objeto:

«*Heureux les morts, éternels paresseux!*»

Podría excusar, pues, el decir que habían trascurrido dos meses desde el anterior diálogo y el epitafio no se había escrito, apesar de las repetidas visitas de H y de las frecuentes cartas que con objeto de estimularme me dirigía.

—Lo haré mañana,—le contestaba siempre, imi-

tando á aquel individuo de quien se cuenta que habiéndole impuesto su confesor la penitencia del ayuno, y dado (porque era el tal penitente olvidadizo) una cedulita en que había escrito: «Mañana ayunará Galvez,» pasó toda su vida leyendo y releendo cotidianamente el papelito y diciendo muy formal para sus adentros:

—¡Tengo que ayunar mañana!

Á veces, cansado de no hacer nada, y recordando el entrañable amor que H profesaba á su difunta, sentía hormigueos en la conciencia, maldecía mi falta de actividad y, desasiéndome por algunos instantes de mi habitual pereza, cogía la pluma y me preparaba á escribir el malhadado epitafio; pero—en honor á la verdad sea dicho—nunca se dió el caso de que llegara á escribir siquiera el primer verso.

—¡Lo haré mañana, sin falta!—decía al fin, soltando la pluma.

Y así pasaron tres ó cuatro meses, y H dejó de visitarme y de enviarme cartitas recordatorias, seguramente cansado, y más que cansado, de esperar hasta un mañana que, á juzgar por las trazas, no había de llegar nunca.

Una tarde iba yo muy de prisa (iba á cobrar unos cuartos) por una de las calles más concurridas de la ciudad, cuando héte aquí que al volver una esquina, ¡zás! tropecé de manos á boca con mi amigo H, que caminaba en sentido opuesto. ¡No hubo escapatoria posible!

—Adios, chico, ¿cómo te va?—le pregunté.

—Bien, y ¿á tí?

—¡Psch! No más que regular.

—¿Dónde andas? No hay quien te vea.

—Salgo poco; estoy muy atareado.

—¡Bah! Acaso con tus aficiones literarias.

—¡Hombre, propósito de aficiones literarias...!

¿Qué estarás pensando de mí? Me confieso culpable y te prometo la enmienda. El epitafio....

—Bien. ¡Si yo no te pido explicaciones!

—Pero yo te las doy sin que me las pidas. El epitafio....

—¡Dale! Ya lo harás cuando puedas.

—Te prometo que de mañana no pasa....

—¡Bueno, hombre, bueno! No es puñalada de pícaro. Y adios, chico, que tengo mucho que hacer.

Y dándome un apretón de manos, se escabulló como deudor á quien persiguen sus *ingleses*.

Yo queria hallar algo de ironía en aquel *no es puñalada de pícaro*; pero ¡cá! me lo había dicho con toda la naturalidad del mundo.

—¡No tiene prisa! ¡Tanto mejor!—iba yo pensando, mientras reanudaba mi interrumpida caminata.—Pero ¿será posible que H haya olvidado á su mujer hasta el extremo de decirme que no es puñalada de pícaro hacer el epitafio para su sepulcro? Nó, no es posible. Un hombre que tanto amaba á su esposa; que queria imitar á Artemisa; que elogiaba á los salvajes porque se arrojan al fuego cuando enviudan.... Nó; es que ha querido engañarme; que está resentido conmigo por mi maldita pereza.... cualquier cosa, menos indiferencia hácia la muerta. Me enmendaré; recordaré con todos sus detalles aquella sensible desgracia; me inspiraré en ella y escribiré un epitafio tan sentido cual si yo me hubiera casado, y mi mujer, tan buena y cariñosa como la de H, hubiera pasado á mejor vida. Sí, sí, escribiré el epitafio. Tengo el deber de hacerlo: lo prometí, y lo escribiré.... ¡mañana mismo!

(Se concluirá.)

FRANCISCO RODRIGUEZ MARIN.

JUEGOS CON SUERTE

I

¡Pobre Mauricio!

En *un mes y un día* ha envejecido como si hubieran pasado por él cincuenta años.

Al mirar aquella cabeza cubierta de canas; aquellos ojos hundidos y sin brillo; aquella tez amarillenta, rugosa y demacrada; aquel aire de abatimiento, de bochorno y de temor; al escuchar aquella voz ronca, apagada y temblorosa, y aquellas frases incoherentes, extrañas y desconsoladoras, cóstome grandísimo trabajo reconocer en el miserable espectro que tenía ante mis ojos á Mauricio del Moral, á uno de los jóvenes más apuestos y distinguidos, más ilustrados y joviales de nuestra buena sociedad; á uno de mis inseparables compañeros de la infancia, que en veinte años de amistad, jamás interrumpida ni entibiada, no había dejado de ver un solo día, hasta que, hace cinco semanas, un accidente desconocido para mí, y tan inesperado cuanto terrible, vino á separarle de mi lado.

Al volver á verle, toda mi estupefaccion, todo mi pesar, toda mi inquietud, mi curiosidad toda trájéronse en esa repetidísima y cándida frase— que vulgarmente se llama *la pregunta del aragonés* y que en aquel momento era la única propia, la única adecuada, la única, en fin, que podía corresponder á mis trastornadas ideas y dar expresion á mis confusos sentimientos.

—Eres tú?

—No lo sé,— me contestó, casi con el aliento.

—Un mes y un día de arresto mayor, sufrido en una cárcel triste y hedionda; confundido, bajo el peso de una sentencia judicial, con repugnantes malhechores; rodeado de ladrones, de asesinos, de criminales desalmados; escuchando sus cínicas conversaciones; soportando sus procaces denuestos y sus burlas soeces; pensando, sin cesar, en la angustia y en la vergüenza, que, por mí, estaban pasando mi anciana madre y mi virtuosa mujer, en el horror con que me mirarian mis hijos cuando saliese de aquel lugar inmundo, donde ellos saben que sólo penetran los malvados; en el desprecio y la repulsion con que todos habrian de mirarme.... ¡ah! cree que son tiempo y motivos suficientes para haber cambiado de tal modo que, no ya los demás, ni aún yo mismo pudiera conocerme.

—Pero ¿qué diablos has hecho, desgraciado?

—Jugar.

—¡Ave María Purísima!

—Sí, jugar. Arrojar sobre un tapete un duro mio, completamente mio, ganado por mí, con mi trabajo, y del que, segun yo creia, podia hacer lo que mejor me pareciese; tirarlo, gastarlo, regalarlo ó ponerlo á una carta para perderlo, si venia la contraria, ó ganar otro, si la suerte queria favorecerme, sin fraude, sin violencia, sin engaño, por la libérrima y consciente voluntad del banquero, que aceptaba ó proponia aquella apuesta.

—Pero es que eso constituye un delito.

—¡Un delito!

—Ya debes saberlo perfectamente, por tu desgracia. Un delito previsto y penado en el párrafo 2.º del artículo 358 del Código penal.

Mauricio del Moral, sin responderme, me miró con tal expresion y fijeza, que me hizo, apesar mio, bajar los ojos; torció desdeñosamente el gesto, haciendo una mueca horrible; balanceó tristemente la cabeza, y exhalando un profundísimo suspiro, me volvió la espalda y salió de la habitacion, exclamando con acento entre irónico y gemebundo:

—Tú, también....

No sé si dijo algo más.

Yo no tuve valor para detenerlo, y comprendiendo que los disgustos sufridos debian haber trastornado un tanto su razon y que el vicio podia haber perturbado profundamente su sentido moral, me contenté con decir, al mismo tiempo que enjugaba una indiscreta lágrima:

—¡Pobre Mauricio!

II

Después continué la tarea, que su visita habia interrumpido.

Estaba revisando los periódicos que habian llegado en el último correo.

Abri uno, y, como si la casualidad se hubiera propuesto mortificarme, tropecéme en él con los siguientes *sultos*, que yo fui amarrando, apesar mio, con el hilo del discurso de mi amigo Mauricio:

«El celoso Sr. Gobernador civil de la provincia, acompañado por el inteligente y activo señor Juez de primera instancia del distrito de X.... ha sorprendido anoche uno de esos infames garitos donde los hombres más envilecidos y depravados se entregan al vicio repugnante del juego, cuya persecucion incesante y severa nunca nos cansaremos de recomendar.

«El dueño de la casa, el banquero y los diez y siete jugadores que en ella se encontraban, fueron inmediatamente conducidos á la cárcel pública.

«Celebramos, como se merece, el importantísimo servicio prestado á la moral y á la ley por aquellas dignas Autoridades, que se han hecho, por él, acreedoras al aprecio y al parabien de todos los hombres honrados.»

«Una de las personas favorecidas con el premio mayor en el último sorteo de la lotería Nacional, es, segun nuestras noticias, el inteligente y activo Sr. Juez de primera instancia del distrito de X....

«Nos alegramos sinceramente.»

«En las últimas carreras de caballos celebradas en esta Ciudad se han hecho muchas apuestas, cruzándose algunas de extraordinaria importancia.

«Sabemos que á nuestro apreciable amigo y Gobernador, que tan aficionado es á esta clase de espectáculos, han proporcionado una ganancia de consideracion los repetidos triunfos del ya famoso caballo *Volapié*.

«El jockey que cayó, durante la carrera de obstáculos, falleció poco después de ser retirado de la pista.

«Tenía rota la columna vertebral.»

«Nuestro querido Director, que, en más de una ocasion, ha demostrado su profunda perspicacia en las operaciones bursátiles, y que, hace algun tiempo, habia previsto la gran baja que últimamente han sufrido los fondos públicos, ha realizado una de las operaciones más brillantes y seguras de que hay noticia en los anales de la Bolsa.

«La repentina baja de los valores, que tan terrible impresion ha producido en el país, ha sido ya causa de que vários agentes y banqueros, poco previsores ó que operaban sin fondos suficientes, hayan atentado contra su vida, al considerar su ruina de todo punto inevitable.

«Anoche se hablaba ya de siete suicidios.»

«La favorecida rifa del *Niño Jesus*....»

Al llegar á este punto, arrojé sobre la mesa el periódico.

Imposible me sería encontrar la fiel expresion de las dudas, de las reflexiones, de los extraños pensamientos que me habia sugerido la lectura de los *sultos* trascritos.

Todos ellos podian sintetizarse en esta sencillísima pregunta:—Rey ó sota, 1,749 ó 15,845, *Volapié* ó *Ligero*, alza ó baja.... ¿qué más da?

III

Yo nunca he sido jugador, aunque en más de una ocasion he gozado ó sufrido en la vida, llevado á merced de los caprichos de la suerte; lamento que el hombre confie al azar lo que sólo debiera esperar de sí mismo, lo que únicamente debiera procurar por los honrados medios del trabajo; pero si deploro la existencia del juego, como la de todos los vicios, tanto los reglamentados, como la prostitucion, cuanto los tolerados, como la embriaguez, que aún, en ciertas circunstancias, sirve de atenuante á los delitos, no sé qué extraña y penosa impresion produjeron en mi ánimo la visita de Mauricio del Moral y la lectura de los mencionados *sultos*.

Lo cierto es que, dirigiendo una compasiva mirada á la puerta por donde poco ántes habia salido mi infeliz amigo, no pude ménos que volver á lanzar esta exclamacion, como si arrojara un terrible peso que me estuviera oprimiendo y torturando el alma:

—¡Pobre Mauricio! ¡Pobre Moral!

URBANO CORTÉS.

19 Marzo 1881.

SALONES

Han llegado al cabo los dias alegres para Sevilla. Nuestra ciudad aparece en toda la plenitud de su hermosura, y se ostenta engalanada con el deslumbrante esplendor y pompa de aquellas gentiles de la vieja Asia. Nada falta en ella, si establecemos el paralelo. El sol de Oriente, con sus mismos rayos luminosos y vivificadores, anima las esmaltadas flores de nuestros jardines y dora los preciados frutos de nuestros bosques de naranjos; el mismo cielo azul y diáfano, retratado en las ondas que besan los muros de la vieja Estambul, se refleja en las tranquilas aguas del Guadalquivir: para que aún sea mayor la ilusion, entre los espaciosos terrados que por doquiera se alzan, semejantes á los soñados jardines de Babilonia, vemos sobresalir aéreas, esbeltas y gallardas la miriada de blancas cúpulas, elegantes chapiteles y atrevidas torres, en algunas de las que creemos á veces que

vamos á escuchar las voces del *muezin*, convocando á los fieles á la oracion. No es esto aún todo: á través de las espesas alamedas de plátanos, acacias y limoneros, veréis pasar esas mujeres de tez morena, ojos negros, más negros aún que el mismo ébano, y andar lento y perezoso, que nos recuerdan, sin quererlo, aquellas singulares bellezas que llegaron á trastornar la mente de más de uno de los poderosos Califas cordobeses.

Para quienes conocen nuestras tradiciones é historia la semejanza llega á mayor punto, pues que entónces nos parece que ha sido arrancado nuestro suelo de aquellos lejanos países, de los cuales formaba principalísima parte; mas dejémos á un lado tales digresiones, para entrar de lleno en el objeto de estos renglones.

La pasada calamidad ha sido causa de que el número de viajeros que en los años anteriores acudian atraídos por la fama de las solemnidades y regocijos que anualmente celebramos, haya sido menor en el actual; esto, no obstante, cada dia llegan nuevas gentes, aumentándose la animacion y mostrando Sevilla el mismo aspecto que siempre.

* * *

No es necesario que nos esforcemos mucho para establecer una prueba de ello. La primera tarde de procesiones presentaban un magnífico y brillante conjunto los palcos de la plaza de San Francisco. ¡Cuánta mujer bonita!... Pero digo mal; bonita *no*, *charmantes*, deliciosas, permitiéndome la frase, indescriptibles. Yo me rio en estos casos de todas las hipérbolas, de todos los calificativos que á diestro y siniestro emplean poetas y poetastrós. A cualquiera de ellos presentaria yo algunas de mis paisanas, y, cuando las tuviesen á la vista, les diria: respondedme; ¿con qué se comparan esos ojos, esos labios...? A buen seguro que callaban como yo me callo. Hablo de los palcos y del aspecto que ofrecia la gran Plaza, y de corrida debo decir que éste ha ganado con las nuevas sillas de hierro; ántes más se creia dispuesta para una fiesta que tuviese lugar en un villorrio, que nó para una solemnidad en la tercera capital de España.

El gran acontecimiento que hasta ahora nos ha impresionado, fué el ensayo del *Miserere* en el vasto Patio de las Doncellas del alcázar de Pedro I.

No sé si acertaré á describir el cuadro: si no lo consigo, que honradamente os confieso lo estimo como lo más probable, creedme que no será por falta de sentimiento; ántes, por el contrario, creo que éste es precisamente el gran obstáculo, el mayor inconveniente con que tropiezo. No es posible sustraerse al influjo de tantos elementos como en aquel lugar se veian reunidos para producir todos el mismo fin, encaminados todos al mismo objeto. Desde uno de los ángulos del soberbio salon de Embajadores, bajo su gigantesca cúpula de alfarje, con sus pechinas de estalactitas de oro, rodeado por todas partes de brillantes reflejos y vivísimos esmaltes, que ora producen nacarinas crisaciones, ora esmaltados cambiantes de todos los tonos y todos los colores, se ofrecia á mi vista la aérea columnata del patio, sosteniendo los muros de calado encaje, en cuyo amplio recinto, mudas, silenciosas, veíanse centenares de personas escuchando absortas las soberbias estrofas ó los dulcísimos acentos del Palestrina español, que, ya arrebatadores ó grandiosos, ya melancólicos ó tristes, llegaban á mis oídos en el apartado rincon de la suntuosa estancia. Desde allí escuchaba una voz potente, armoniosa, desprendida quizá de una invisible arpa que entonaba á Dios el cántico de Misericordia. Yo pensaba no sé cuántas cosas; mi fantasía en algunos momentos deliraba: en aquel alcázar, construido en su mayor parte por alarifes mahometanos, que lleva en sí el sello del pueblo islamita, resonaban los salmos del vencedor. Las sombras errantes de la Padilla y del Monarca Justiciero creia verlas vagar entre aquellas desiertas estancias, evocadas de sus sarcófagos por las tremendas palabras del Rey Profeta....

* * *

Gayarre cantó, como siempre, admirablemente; los versículos *Redde mihi* y *Benigne* tuvo necesidad de repetirlos, obligado por las calurosas demostraciones del público que frenéticamente, por medio de aplausos, lo pedia. ¡Qué goce tan profundo para el inmortal Eslava haber oido al gran tenor interpretando su obra! Sevilla, inteligente y culta, su *high-life*, asistió, con rarísimas excepciones, y éstas por lo incómodo de la hora á que se habia anunciado. El rato fué sin igual, pues que, como ántes decíamos, todo contribuia á darle mayor esplendor: el sitio, la obra que se ejecutaba, Gayarre, todo esto dió por resultado un momento cuyo recuerdo será imperecedero.

* * *

La Marquesa del Donadío y la señora de Sanchez Honoria, dando muestras de los nobilísimos sentimientos que las animan, preparan en breve un concierto, que tendrá lugar en la Casa Lonja, á beneficio de los desvalidos más perjudicados por la última riada. No esperábamos ménos de las damas sevillanas, y abrigamos el convencimiento de que, al ser patrocinado por éstas, alcanzará felicísimo éxito. Procuraremos asistir y daros cuenta de él. Hasta entónces.

HERNAN.

SUMARIO

TEXTO.—Revista quincenal, por el Dómine Lucas.—Corral de la Montería, por D. José Sanchez-Arjona.—Por el Calvario, poesía, por D. Benito Mas y Prat.—Un epitafio, por D. Francisco Rodriguez Marín.—Juegos con suerte, por Urbano Cortés.—Salones, por Hernan.

ILUSTRACIONES.—San Francisco lo premie, cuadro de D. José de la Vega (dibujo de D. Baldomero Tovar.—¡Mozol! ¡Mozol!, acuarela de D. T. Povedano (copia del mismo autor).

SEVILLA.—Imp. y lit. de GIRONÉS, ORDUÑA Y CASTRO, Lagar 3.